

LA IDEA

SEMANARIO REPUBLICANO SE PUBLICA LOS SABADOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Sixto Ramón Parro (Tripería), 27, teléf. 133

Toda la correspondencia se dirigirá á la Administración.

Los originales que se remitan estarán firmados y no se devolverán.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

En Toledo, un trimestre.....	1,00 pesetas.
Provincias, id.....	1,50 »
Número suelto.....	0,10 »

Anuncios y comunicados á precios convencionales.
Pago adelantado.

LA PERIODICIDAD DE LOS HECHOS

Es una de las leyes á que obedecen los actos humanos que forman el objeto de la historia.

En virtud de esta ley los pueblos nacen, se desarrollan, llegan á su esplendor, y desaparecen por modo parecido, siendo la caída tanto más terrible cuanto mayor haya sido el apogeo de su gloria.

Pero es preciso, dice Barrio y Mier en su *Historia general del derecho español*, no exagerar el valor de esta ley histórica, porque llevada á cierto extremo, resultaría ocioso el estudio de la historia, toda vez que habría que admitir que los hombres incurriesen siempre en los mismos errores, negando por consiguiente las condiciones de perfección de la raza humana, absurdo inconcebible, y opuesto completamente á las leyes del progreso y de la civilización.

El don de progresibilidad de los seres racionales, parece que se encuentra en oposición con la periodicidad de los hechos; pero esta duda se resuelve pronto, teniendo en cuenta que los hechos humanos no se repiten nunca en condiciones tan semejantes que puedan ser considerados como idénticos, porque si así fuera, resultaría la historia de la humanidad de una monotonía desesperante, é inútiles completamente sus provechosas enseñanzas.

Para convencernos de esto, basta lanzar una mirada por el ancho campo de la historia, fijando nuestra atención en algunos pueblos que, con su inmenso poder, lograron ejercer la soberanía en los destinos del mundo.

Pero los estrechos límites de un artículo de periódico nos impiden completamente el tratar este asunto con la debida extensión, teniendo que concretarnos al estudio de la grandísima influencia que llegaron á conseguir algunos pueblos como resultado de sus grandes conquistas, y la pérdida de gran parte de sus territorios, algunas veces de todos, en sus períodos de decadencia.

Macedonia, Roma, España, Francia y la Gran Bretaña nos servirán de ejemplos para probar nuestras afirmaciones sobre lo periodicidad de los hechos.

Macedonia, que llegó á constituir el imperio más grande de su época, por el año 323, antes de Jesucristo, gracias á los talentos estratégicos de Alejandro el Magno, que recorrió triunfante los campos de Grecia, Egipto, Siria, Persia, Zenicia, India y Palestina, arrollando completamente á todos los ejércitos que salían á detenerle en su impetuosa carrera, se desvaneció con la rapidez maravillosa que había sido formado, á la muerte de aquel insigne caudillo que con sus grandes hazañas ha llenado las páginas más brillantes que se conocen en la historia de los pueblos.

Roma, que en los primeros momentos de su vida no se extendían sus dominios más allá de los muros que la defendían, logró con sus grandes conquistas formar el imperio más poderoso de la edad antigua, y sus legiones pasaron victoriosas los territorios de Grecia, España, Italia, Inglaterra, Córcega, Cerdeña, Sicilia, Galia, Macedonia y casi todos los situados en la parte septentrional del Africa, quedando el mar Mediterráneo como un inmenso lago cercado por los vastísimos dominios del pueblo rey.

Pero sus ejércitos no pudieron resistir el empuje de los bárbaros, y el pueblo que con la fuerza de sus legiones impuso siempre su voluntad á los demás países, perdió todo su poder, y la orgullosa Roma pasó á ser la corte del rey de los hérulos.

España, que si bien atraviesa hoy una de las crisis más violentas de su historia, á consecuencia de las sangrientas guerras que en Cuba y Filipinas hemos sostenido con tan adversa fortuna, y que ha costado á la nación la pérdida de esas hermosas colonias, últimos restos de nuestras extensísimas posesiones de América y Occéania, era en los primeros reinados de la casa de Austria el estado más poderoso del orbe. Sus soldados se cubrieron de gloria en las campañas de los Países Bajos, Italia, Francia, Turquía y en el Nuevo Continente, descollando entre todas la de Méjico, en donde unos cientos de españoles vencieron en diferentes ocasiones á numerosos ejércitos, realizando hazañas tan heroicas que despertaron la admiración del mundo, llegando á inmortalizar el nombre de Hernán Cortés,

aquel valiente capitán que dirigió á nuestras tropas en tan titánica lucha.

Como consecuencia de tan numerosas conquistas, se incorporaron á la corona de España vastísimos territorios, que hicieron que nuestro reino fuera el más extenso del mundo en aquellos tiempos, tanto que el rey Felipe II, orgulloso de su poder, decía que el sol no se ponía nunca en sus Estados.

La ley de la periodicidad de los hechos se ha cumplido en nuestra patria con tanto rigor como en los demás pueblos.

Para persuadirnos, basta establecer un sencillo paralelo entre nuestras posesiones de las épocas de grandeza y las que hoy conservamos, y la realidad nos presenta la diferencia con caracteres aterradores.

Ya no aparecen en el mapa de nuestros dominios los reinos de Nápoles, Sicilia, Túnez y Orán. Tampoco se encontrarán en el Portugal ni los Países Bajos. No os canséis en buscar ni una siquiera de nuestras hermosísimas posesiones de América y Occéania. ¡Todas han desaparecido! Todas se han separado de nuestro poder, y hoy ya no se acuerdan de la madre patria, que sacrificó millares de sus hijos por descubrir las, por civilizarlas, por instruir las en los divinos preceptos de la religión cristiana y por introducir en ellas todos los adelantos de la Europa. Sólo nos quedan las del golfo de Guinea y algunas plazas en la parte septentrional del Africa, que con las Canarias y Baleares, forman el total de nuestras colonias.

¡Cuántas desdichas, cuántas desgracias no habrá experimentado nuestro querido pueblo para llegar á tan terrible situación! Sus colonias perdidas, su marina deshecha, su ejército vencido, sus riquezas agotadas y su antiguo poder transformado en impotencia, al extremo de que si antes éramos temidos, ahora se nos desprecia; si antes éramos respetados, ahora se nos insulta groseramente, y, por último, si antes se nos consideraba como potencia de primer orden y nuestra ayuda era solicitada constantemente por los demás países para la formación de ligas y tratados, hoy no se acuerda nadie de nosotros y nuestra nación no figura casi nunca en las combinaciones diplomáticas que con tanta frecuencia están haciendo los representantes de las grandes potencias.

Pero no es posible que un pueblo de tan brillante y gloriosa historia como el nuestro, y cuyas grandes iniciativas han sido siempre reconocidas por todos, permanezca mucho tiempo en tan lamentable situación. España llegará á regenerarse con el tiempo, en virtud de los grandes esfuerzos que sus ciudadanos han de realizar para conseguir tan importantísima obra, y de este modo no es difícil que vuelva á recobrar una gran parte de la poderosa influencia que logró ejercer en sus épocas de esplendor, no reconquistando sus antiguas colonias, sino apoderándose de nuevos territorios en el continente africano, objeto de las ambiciosas miras de todas las potencias, y quizá la causa del desequilibrio entre las mismas, y en cuyas luchas ha de favorecerle mucho su estratégica posición.

Francia, que formaba un imperio poderosísimo en tiempos del gran Napoleón, que con su genio militar llegó á ser el árbitro de los destinos de Europa, destruyendo reyes, borrando fronteras, imponiendo á las naciones nuevas dinastías y realizando con sus grandes conquistas en Italia, Austria, Prusia, Bélgica, Holanda, Egipto, Rusia y Suiza una transformación completa en el mapa de la geografía política de los pueblos europeos, perdió gran parte de sus dominios con la retirada de Leipzig, desapareciendo totalmente su nuevo poder con la derrota de Waterlóo, que tan magistralmente ha descrito la pluma de Víctor Hugo.

Pero á pesar de tantos reveses y de la desgraciada guerra del año 70, Francia ha conseguido reorganizar su ejército y crear una formidable escuadra, por lo cual es hoy considerada como potencia de primer orden, jugando un papel importantísimo en las combinaciones diplomáticas; y como en el orden internacional no hay más derecho que el de la fuerza, su actitud es siempre muy respetada por los demás países, en atención á los poderosos elementos de que dispone.

Inglaterra, que posee actualmente un vastísimo imperio colonial, extendiéndose sus posesiones por todos los continentes, es probable que empiece á sentir bien pronto los efectos de la implacable ley.

Las graves derrotas que ha sufrido su ejército en la campaña del Transvaal, el aspecto nada tranquilizador de las tropas egipcias, que han asesinado á varios oficiales ingleses, las intenciones no bien definidas del emperador Menelik sobre el Egipto, la acumulación de fuerzas que los rusos están efectuando en diferentes puntos para penetrar en la India con mayor rapidez, la cuestión de Persia, el reparto del imperio chino y algunos otros incidentes, son síntomas marcadísimos que vaticinan la próxima desmembración de su poder.

¿Cómo es posible suponer que una nación sin ejército pueda solucionar satisfactoriamente tanto conflicto?

Es cierto que la escuadra inglesa es la primera del mundo, pero sus acorazados no podrán impedir—caso que se rompieran las hostilidades—que los rusos lanzaran sus cosacos sobre la India y se apoderasen de la perla de sus colonias; tampoco podrían evitar que Menelik con sus aguerridas tropas entrara en Egipto y los expulsase del reino, perdiendo por consiguiente los riquísimos territorios fertilizados por las aguas del Nilo, que el comercio inglés ha venido explotando durante muchos años con grandes ventajas: ni conseguirían dominar las insurrecciones que habían de levantarse al primer cañonazo en muchas de sus posesiones, como no han podido todavía vencer la del Transvaal, teniendo que presenciar las derrotas de Colenso y de Spionkop, sin que para nada sirvieran los magníficos acorazados.

Inglaterra no ha sabido aprovechar su poder nada más que para hacer el mal, labrando la desgracia de muchos pueblos con su infame conducta: no ha respetado más ley que la conveniencia de sus intereses, violando el derecho en todas ocasiones; su caída, lejos de producir sentimiento, será acogida con grandes muestras de júbilo por toda la humanidad, que con la decadencia de la poderosa Albión, se habrá librado de su enemigo más peligroso.

¡Vosotras, poderosas naciones, aprovechad las enseñanzas de la Historia! Respetad siempre el derecho; tratar al débil con magnanimidad y protegerlo cuando se le quiera atropellar brutalmente: no anteponer nunca vuestros intereses á los del progreso y civilización; no oprimir á los pueblos que estén sujetos á vuestro dominio con la imposición de tributos onerosos, y acordáos de que les habéis arrebatado su independencia, ese precioso estado que constituye el ideal de todos los países; en una palabra, que vuestra fuerza sea siempre empleada para el bien de la humanidad, y de este modo conseguiréis, no sólo el respeto y consideración de los demás pueblos, sino que la historia dedique sus mejores páginas á narrar vuestras grandezas y gloriosísimos hechos que han de causar la admiración de las generaciones venideras.

CÉSAR MORALES HIGUERA.

REMEDIO SUPREMO

Á MI BUEN AMIGO D. JOSÉ VERA

En confuso desorden acuden las ideas á mi mente y en ellas preside un pensamiento fijo: el advenimiento al poder de las doctrinas porque todos suspiramos, único camino para conseguir nuevamente hacer grande como en otra época lo fuera nuestra desquiciada patria.

A todos nos son conocidas las causas que han determinado la pérdida de nuestras colonias que venían á ser el fiel reflejo de nuestra antigua grandeza; no cometieron el pecado las honradas masas y hoy pagan las consecuencias de delitos ajenos.

No sería posible mencionar los infinitos vicios que llevaban en sus entrañas los Gobiernos que condujeron al abismo á nuestro sufrido pueblo, ni los de aquéllos que iban á nuestras colonias con el exclusivo objeto de satisfacer su voracidad y crearse una fortuna rápidamente sin reparar en los medios.

Esta canalla designada con el nombre de *paniaguados* merece el desprecio de la sociedad digna y las adulaciones de los espíritus serviles; los que hacen lo primero, son los hombres sensatos; los que lo segundo, entes degradados que adoran al becerro de oro.